

La escuela del relato

de Manuel Rivas

La vida tiene vocación de cuento.

La vida, con toda la caravana del lenguaje, lleva sobre sus hombros la memoria. No es un lastre. Es el peso de los bienes que justifican su viaje hacia adelante. Su sentido. Aunque a veces desconoce el verdadero contenido de los fardos.

En todo caso, cuando la memoria se cae de los hombros de la vida y del lomo de las palabras, porque ha estallado una tormenta, o por descuido, o por indiferencia, sobreviene el impacto de la pérdida, la sensación de vacío. Ha de volver sobre sus pasos, pero ya no se trata propiamente de un viaje hacia atrás. Su tiempo ahora es la nostalgia del porvenir, un presente recordado. Esa temblorosa excitación de las palabras que olfatean el rastro del sentido.

Sí, la vida tiene vocación de relato.

Muchos escritores hablan de primeras lecturas, de los libros que le impresionaron, para situar el comienzo de su andadura literaria. Yo tendría que hablar de una escalera. Esa escalera, con peldaños de madera muy rugosa, pues así envejece el pino del país, era la que llevaba a los dormitorios en el piso. La planta baja estaba dividida en dos espacios: el de una cuadra interior para el ganado y el comedor campesino. Era la casa de mis abuelos por parte de madre. Allí, alrededor del fuego del hogar, se contaban todas las noches historias. Podría decir que mi vocación literaria comenzó al lado de aquel fuego donde crepitaban las palabras de los mayores tintadas de vino. Pero no. Nació en la escalera.

Yo debería estar en la cama, pero estaba en la escalera, oculto por un tabique de tablas. Ellos no me veían, pero yo, desde mi posición, veía el resplandor del fuego reflejado en los cristales de la ventana del lavadero. Y veía la parte

iluminada de sus rostros. La memoria, tan voluntariosa, pinta ahora el lienzo de esa ventana como un Caravaggio.

Esas personas que contaban historias eran distintas a las que yo había dejado minutos antes. Eran las mismas, pero eran distintas. Eran narradores. Colgado en la percha del día, habían dejado el silencio o la parquedad de quien habla con las manos. Mis familiares y algunos vecinos que se unían a la velada eran otros seres, transformados por el lenguaje y los juegos de luz. No tenía sentido preguntarse si lo que contaban era real o era ficción. El relato sucedía en ese momento. Crepitaba con la excitación de las palabras. Era verdad. ¡Era verdad!

Quien haya llegado hasta este punto, quizás piense que les hablo de una especie de estampa campesina idealizada, donde se cuentan leyendas y tradiciones alrededor del fuego. Una especie de redoma, de bola de cristal, donde habita la infancia. Nada de eso.

Los relatos que subían por la escalera para envolver al niño escondido trataban sobre todo de crímenes y guerra, de amoríos en los que no faltaban detalles de erótica lujuria, de escapados, de travesías en el mar y viajes de emigrantes. Es decir, todo muy moderno. Nada de hadas, ni de brujas, ni de duendes. Si acaso, algún aparecido, el ánima de algún muerto que volvía. Pero también eso es muy moderno. En lo alto de la escalera había una bombilla de luz muy, muy débil. Desnuda, sostenida por un cable trenzado. La intensidad de la luz de esa bombilla tenía, para mí, una relación directa, a la vez, con lo que sucedía en los relatos y en el exterior. Disminuía, hasta casi extinguirse, cuando aullaba el viento o arreciaba la lluvia. La voz de quien hablaba se hacía también casi inaudible. Desde entonces, cuando me hablan de "realismo mágico" pienso en la electricidad. En aquella bombilla de pocos watios donde revoloteaba, jugando a quemarse, la mariposa nocturna de la literatura.

Aunque todos tuviesen historias que contar, no todos los mayores las contaban. Había una técnica muy depurada en el contar. No había lugar para

las generalidades, para las abstracciones. El relato tenía que ser sensorial: entenderse y sentirse. Hoy diría que las palabras tenían un instinto ecológico: volvían a nacer, recuperaban el sentido. No importaba la medida, en el contar no se aplicaba el sistema métrico decimal. Lo importante era la densidad de emoción. Y el narrador se tomaba libertades formales siempre que estuviesen al servicio de la excitación, como la ardilla que recorre las ramas de un nogal y vuelve al punto de partida con un fruto nuevo.

Los que más habían vivido, los que habían sido, por ejemplo, emigrantes, ponían a veces sus relatos en boca de los otros, de los que contaban y que quizás no habían ido nunca a ninguna parte. Y escuchaban con mucha atención, sorprendidos, emocionados o riéndose, lo que se suponía que era su propia vida como si fuese la primera vez que tuviesen noticia de ella. Y era verdad. Era la primavera vez que su vida flameaba en llamas, excitada, en la cámara oscura de la noche, pegada y esquiva con el mundo real como el vuelo del murciélago.

No eran historias de la vida. Era la vida que contaba historias para sobrevivir una noche más. Para entrelazar soledades. Y también subir peldaño a peldaño, con la memoria a cuestas, los peldaños de la escalera donde se escondía el clandestino.